

# LOS ESTADOS PONTIFICIOS DESDE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LOS PACTOS DE LETRÁN (1789-1922)

VICENTE PUCHOL SANCHO <sup>1</sup>

Fecha de recepción: septiembre de 2010

Fecha de aceptación y versión definitiva: noviembre de 2010

*RESUMEN: Este año se celebra en Italia el 140 aniversario de su unidad. Unidad que se consiguió tras la anexión paulatina de los diferentes estados que configuraban la península italiana al antiguo reino de Cerdeña. Los Estados Pontificios se vieron inmersos en este movimiento integrador con la consiguiente pérdida de los territorios que conformaban el Estado de la Iglesia. Este artículo pretende recordar los momentos más importantes y las circunstancias que envolvieron estas pérdidas territoriales, desde la revolución francesa, con la anexión por parte de Francia del condado Venassino y Avignon, hasta la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel II, el 20 de septiembre de 1870, concluyendo con el proceso negociador que condujo a los Pactos de Letrán y la creación del Estado de la Ciudad del Vaticano.*

*PALABRAS CLAVE: Estados Pontificios, Vaticano, Italia, Unidad Italiana.*

## ***The Papal States from the French Revolution to the Lateran Treaty (1789-1922)***

*ABSTRACT: This year Italy celebrates the 140<sup>th</sup> anniversary of its unification. The unification was achieved by gradual annexation of different states that made up the Italian peninsula by the former ancient kingdom of Sardinia. The Papal States were immersed in the integration movement with the consequent loss of their territories. This article highlights the most relevant moments and circumstances that surrounded these territorial losses, from the French Revolution, with the annexation by France of the Venassino County and Avignon, until the occupation of Rome by the troops of Victor Emmanuel II, on September 20<sup>th</sup> of 1870. The negotiations that follow Rome's occupation led to the Lateran Treaty and the creation of the Vatican City State.*

*KEY WORDS: Papal States, Vatican, Italy, The Italian unity.*

---

<sup>1</sup> Doctor en Teología, Historia de la Iglesia. E-mail: vicente\_puchol@yahoo.es

## INTRODUCCIÓN



*Península italiana en 1789.*

Desde que se instituyó la sede episcopal de Roma, los fieles, principalmente los nobles y soberanos, fueron donando cuantiosos bienes que vinieron a integrar el Patrimonio de San Pedro. En sus orígenes destacan las donaciones territoriales de Constantino y de Pipino. Ahora bien, la autoridad ejercida por los Papas no fue propiamente la de un soberano, en el concepto moderno del término, hasta el pontificado de Alejandro VI y Julio II. Al estallar la revolución francesa los Estados Pontificios comprendían la franja central de la península italiana, desde Frosinone hasta Ferrara, además de los enclaves pontificios de Avignon y el condado Venassino, en Francia, y Pontecorvo y Benevento en el reino de Nápoles.

## LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La revolución francesa supuso el principio del fin de los Estados Pontificios<sup>2</sup>. En el marco de la política anticlerical de la República, el 14 de

<sup>2</sup> En noviembre de 1789 la totalidad de los bienes eclesiásticos en Francia fueron declarados propiedad nacional. En 1790 fueron disueltas las órdenes religiosas, se extinguieron 51 de los 134 obispados y se decretó que los párrocos y obispos fuesen elegidos por el pueblo. Toda la legislación antirreligiosa fue reunida en la Constitución civil del clero, aprobada en julio de 1790, exigiendo su juramento a los clérigos. Una tercera parte de los clérigos y cinco obispos juraron la constitución, pero tras la condena del Papa, en abril de 1791, muchos se retractaron. La Asamblea Nacional actuó muy duro contra ellos. En 1792 fueron asesinados en las cárceles de París 191 sacerdotes y tres obispos no juramentados. Hasta 1793, más de 3.600 fueron encarcelados y deportados y unos 40.000 se expatriaron.

El periodo de la Convención (1792-1795) fue el más duro. Se promulgó una ley aboliendo el cristianismo, se reformó el calendario, eliminando los domingos y fiestas y, en las iglesias, profanadas, se introdujo un necio culto a la diosa Razón con ceremonias incluidas.

Durante el Directorio (1795-1799) hubo una cierta mejora.

septiembre de 1791 la Asamblea legislativa declaró territorio nacional los feudos pontificios de Avignon y el condado Venassino<sup>3</sup>.

Durante la primera coalición las tropas francesas no consiguieron vencer el frente austro-sardo en Italia. Pero a principios de marzo de 1796, con el nombramiento de Napoleón Bonaparte como general en jefe del cuerpo de ejército francés de Italia, la situación cambió radicalmente. La misión de este joven y desconocido general era meramente diversiva. La operación principal del ejército francés iba a desarrollarse en el centro de Europa contra el imperio austriaco. Pero el genio y la capacidad militar de Napoleón modificó el teatro de operaciones. A finales de marzo se hizo cargo del mando, a principios de abril iniciaba la ofensiva contra el Piamonte, y a finales de mes ya había ocupado Cerdeña. Al mes siguiente iniciaba el ataque contra las tropas austriacas en Lombardía. El 15 de mayo entraba en Milán y ponía sitio a la plaza de Mantua, dejándose ésta a sus espaldas, debido a la fuerte resistencia que encontró, mientras continuaba su avance. El 14 de junio la división del Gral. Augereau cruzaba el Po y penetraba en los Estados Pontificios, llegando a Bolonia el 19 y a Ferrara el 20<sup>4</sup>.

El 23 de junio, el embajador español Azara, como representante del Papa, firmaba en Bolonia un armisticio por el que se comprometía al pago de 21 millones de francos y la entrega de 100 obras de arte y 500 manuscritos,

mientras la paz debía ser negociada en París. Pero el negociador pontificio en París no aceptó el acuerdo porque el Directorio pretendía que Pío VI anulase todos los breves y bulas contrarios a la revolución y que aceptase sin condiciones la iglesia constitucional.

Como consecuencia de estas conquistas, Napoleón reestructuró el norte de la península, creando en noviembre la República Traspadana, formada



*Campaña de Napoleón en 1796.*

<sup>3</sup> El condado Venassino fue heredado por los papas en 1229, tras la derrota de los albigenses que fueron apoyados por el señor del condado, Raimundo VII. Avignon fue adquirida por Clemente VI a la reina Juana I d'Angio, en 1348, por 200.000 ducados, aunque había sido habitada desde 1309 por el Papa Clemente V.

<sup>4</sup> KARL VON CLAUSEWITZ, *La campaña de Italia de 1796*, Buenos Aires: Círculo Militar, 1987, 11-91.

por el milanesado, y al mes siguiente creó la República Cispadana, integrada por las ciudades de Modena, Reggio, Bolonia y Ferrara. Posteriormente, tras la ocupación de la plaza fuerte de Mantua por las tropas francesas, en el mes de febrero, al quedar libre las comunicaciones entre ambas repúblicas, Napoleón las fusionó en la República Cisalpina.

En enero de 1797, el emperador austriaco Francisco II, para no perder Mantua y, con ello, la Lombardía, lanzó una fuerte contraofensiva contra las tropas napoleónicas. Dentro de este plan de operaciones, los Estados Pontificios enviaron un pequeño ejército de 7 u 8.000 soldados a reforzar sus posiciones en el límite fronterizo y actuar pasivamente contra los franceses, en alianza con los napolitanos. Napoleón reaccionó ordenando a los generales Víctor y Lannes penetrar en los Estados Pontificios al frente de sendas columnas el 16 de enero. En los primeros días de febrero los franceses ocupaban Imola y Faenza, derrotando a las tropas pontificias, y prosiguiendo su avance hasta Ancona, Macerata y Foligno. El 20 de febrero se firmaba la *Paz de Tolentino*, en la que se endurecían las condiciones establecidas en Bolonia. Ahora se le imponía al Papa el pago de 30 millones de francos, 5 millones en joyas, las obras de arte ya previstas y la cesión definitiva de Avignon, el condado Venassino, Ferrara, Bolonia y la Romagna <sup>5</sup>.

Tras la firma del tratado, Francia envió a Roma como embajador a José Bonaparte. Y, en diciembre de 1797, llegaba también a la ciudad el general francés Duphot, con el objeto de sublevar a la población contra el gobierno pontificio. Pero en una manifestación revolucionaria que tuvo lugar el 28 de diciembre, resultó muerto por los disparos de las tropas pontificias. Pretexto que utilizó Francia para intervenir militarmente en Roma. En febrero de 1798 el general Berthier ocupa la ciudad, depona a Pío VI y proclama la *República romana*. Las iglesias, los museos y el Vaticano fueron saqueados por los franceses, y el Papa era deportado a Valence, donde falleció el 29 de agosto de 1799, después de una larga y penosa peregrinación de año y medio hasta llegar a su destino, pasando por Siena, Florencia, Bolonia, Parma, Grenoble y Savona <sup>6</sup>.

En el conclave que tuvo lugar en Venecia, desde el mes de diciembre de 1799 hasta el 14 de marzo de 1800, fue elegido Papa, Bernabe Chiaramonti, obispo de Imola. El nuevo Pontífice, Pío VII, regresa inmediatamente a Roma, recuperada por las tropas napolitanas de Fernando IV, para sus traerse a las presiones del emperador Francisco II, que pretendía, después

<sup>5</sup> KARL VON CLAUSEWITZ, *op. cit.*, 207-209.

<sup>6</sup> GUIDO ZAGHENI, *La Edad Moderna. Curso de Historia de la Iglesia*, vol. III, Madrid: San Pablo, 1997, 329-356; JUAN MARÍA LABOA, *La Revolución francesa y la Iglesia*, en *Historia de la Iglesia Católica*, vol. IV, Madrid: BAC, 1991, 523-577; ROBERT AUBERT, «La Revolución francesa y Pío VI», en HUBERT JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. VII, Barcelona: Herder, 1978, 55-112.

de haber patrocinado y sufragado el cónclave, que el Pontífice asumiese la situación territorial acordada en la Paz de Tolentino, con la intención de anexionarse las Legaciones cedidas a Francia. En cambio, Pío VII quería entablar negociaciones con Napoleón, primer cónsul de la República desde diciembre de 1799, quien había mostrado sus intenciones de lograr un concordato<sup>7</sup>.

En el verano de 1801 se alcanzaba el acuerdo. En él se reconocía al catolicismo como religión de la mayoría de los franceses, se daba una nueva estructura eclesial a Francia, todos los obispos (constitucionales y antiguos titulares), debían deponer sus cargos, si bien podían ser de nuevo elegidos, al cónsul francés se le concedía el derecho de nombramiento que antes tenían los reyes, la Iglesia renunciaba a los bienes secularizados y el estado se encargaba de dotar al clero. Pero Napoleón encontró resistencia en la Asamblea por la firma del concordato y temiendo una reacción añadió, de forma unilateral, setenta y siete artículos orgánicos que debilitaban y, en parte, anulaban el concordato. En ellos se disponía que el gobierno tenía que dar el placet a todos los decretos eclesiásticos, reconocía la posibilidad de apelar ante un tribunal civil las sentencias de los tribunales eclesiásticos y establecía la obligación de los seminarios superiores de enseñar los artículos galicanos de 1682<sup>8</sup>.

El Papa protestó pero, posteriormente, aconsejado por el cardenal Consalvi, aceptó acudir a París para consagrar emperador a Napoleón, con la pretensión de conseguir modificar algunos de los artículos orgánicos. Tras la coronación, Pío VII fue retenido en París durante cinco meses, pero en abril de 1805 pudo regresar a Roma.

En septiembre de 1805, con el fin de proteger el flanco derecho del ejército francés que penetraba en Alemania, Napoleón envió un cuerpo de ejército al norte de Italia, ocupando el puerto de Ancona por su posición estratégica. Pío VII protestó duramente en una carta particular. Napoleón asoció la dureza de la carta con la delicada situación militar que tenía en el centro de Europa y un desembarco de tropas anglo-rusas en Nápoles, que amenazaban la retaguardia del ejército francés en Italia. La respuesta del emperador vino tras la victoria que obtuvo en enero de 1806. Una vez dominada de nuevo la situación militar, dio la orden al general Gouvin-Saint-Cyr de atravesar los Estados Pontificios y dirigirse a Nápoles para destronar al rey y nombrar soberano a su hermano José. El general francés, al tiempo que cruza el territorio de la Iglesia, ocupa las plazas estratégicas. Además, Napoleón exigió al Papa que se asociase a la confederación francesa si no quería perder sus territorios. El Papa se niega y tras largas negociaciones

<sup>7</sup> JEAN LEFLON, *El advenimiento de Pío VII y de Napoleón*, en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXIII, Valencia: EDICEP, 1975, 165-171.

<sup>8</sup> ROBERT AUBERT, «El concordato de 1801», en HUBERT JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. VII, Barcelona: Herder, 1978, 122-130.

y sucesivas negativas de Pío VII a coaligarse, el emperador ordena ocupar Roma. El 2 de febrero de 1808 las tropas francesas entran en la capital y desarman a las tropas pontificias<sup>9</sup>.

En 1809, una vez que Napoleón tiene controlada España y ha ocupado Austria, con el pretexto de no haber cerrado el puerto de Civitavecchia a las naves inglesas durante el bloqueo continental que había decretado a finales de 1806, dispone la caída del poder temporal del papado y la incorporación al imperio francés de los Estados Pontificios. El 10 de junio, los franceses acantonados en Roma izaban la bandera francesa en el castillo de Sant'Angelo. Pío VII reaccionó lanzando una bula de excomunión ese mismo día, que fue fijada en las puertas de las basílicas, y Napoleón ordena arrestar al Pontífice y deportarlo a Savona. Arresto que tuvo lugar durante la noche del 5 al 6 de julio para evitar una reacción popular.

En 1812, cuando el emperador partió a la campaña de Rusia, hizo trasladar al Papa a Fontainebleau. A su regreso de la desastrosa campaña consiguió arrebatarse a Pío VII, tras someterlo a una continua presión psicológica y física, la firma de un nuevo *concordato* en enero de 1813, aunque en realidad se trataba de un convenio cuyas bases debían de servir para un arreglo definitivo<sup>10</sup>. A los pocos días, aconsejado por el cardenal Consalvi y otros cardenales, el Papa anuló el convenio mediante una carta particular a Napoleón. El emperador, enojado, hizo trasladar de nuevo al Papa a Savona, hasta que, en marzo de 1814, cuando los aliados se aproximaban a París, fue puesto en libertad y regresó a Roma<sup>11</sup>.

En el *Congreso de Viena*, el cardenal Consalvi consiguió que fuesen restituidos a la Iglesia todos los territorios a excepción de Avignon y el condado Venassino que se integraron en Francia. Pero logró recuperar las legaciones que pretendía anexionárselas Austria, si bien el emperador obtuvo el derecho de mantener una guarnición en las ciudades pontificias de Ferrara y Comacchio<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> JEAN LEFLON, «La lucha del sacerdocio y del Imperio. La cautividad de Pío VII», en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXIII, Valencia: EDICEP, 1975, 263-271.

<sup>10</sup> Por medio de este acuerdo, el Papa ejercería el pontificado en Francia y en el reino de Italia, conservaría una representación diplomática, los dominios no enajenados serían administrados por sus agentes y por los alienados recibiría una compensación de 2 millones; otorgaría la institución canónica a los obispos en seis meses y una vez transcurrido este tiempo sería concedida por los metropolitanos; tendría el derecho exclusivo de nombrar los seis obispos *suburbicarios* y las sedes *in partibus*; y debían reducirse las diócesis de Toscana, Génova, Holanda y de los departamentos hanseáticos.

<sup>11</sup> JEAN LEFLON, «El concordato de Fontainebleau», en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXIII, Valencia: EDICEP, 1975, 286-290.

<sup>12</sup> GUIDO ZAGHENI, *op. cit.*, vol. III, 356-361; JUAN MARÍA LABOA, «La Iglesia en la época napoleónica», en *Historia de la Iglesia Católica*, vol. IV, Madrid: BAC, 1991, 579-645.

## LAS REVOLUCIONES DE 1820 Y 1830-1832

La revolución napolitana de 1820 y la piemontesa de 1821 produjeron una viva agitación en los Estados Pontificios, pero se logró truncar estos movimientos en sus orígenes. En cambio, las comarcas de Benevento y Pontecorvo, situadas en el reino de Nápoles, se alzaron contra el Papa y expulsaron a los delegados pontificios, constituyéndose en gobiernos autónomos bajo el régimen constitucional, sin que fuesen aceptados por Nápoles, donde se había impuesto también un régimen constitucional, muy probablemente por temor a una reacción del Papa. Posteriormente, fueron restituidos a la Santa Sede por las tropas austriacas de la Santa Alianza <sup>13</sup>.

Por el contrario, la revolución de 1830 tuvo mayores consecuencias. En Roma apenas tuvieron lugar algunas demostraciones liberales, escasas en participación y sin coordinación con otros movimientos revolucionarios italianos. A nivel anecdótico, cabe mencionar que en una manifestación en *piazza della colonna*, el 12 de febrero de 1831, fue arrestado por la policía Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón I y futuro emperador de Francia, con el nombre de Napoleón III.

Sin embargo, en Bolonia, el 4 de febrero, se instituyó un gobierno provisional que declaró el cese del poder temporal de los papas. Muchas de las principales ciudades del norte de los Estados Pontificios se unieron al movimiento independentista: Ferrara, Ancona, Ascoli, Perugia, Spoleto..., constituyendo las *Provincias Unidas de Italia*. Con la intención de extender el movimiento independentista llegaron a formar un pequeño ejército que enviaron a Roma para sublevar la capital. Pero en aquellos días la ciudad vivía con demostraciones de apego y alegría la elección de Gregorio XVI, por lo que no obtuvieron ningún éxito. Este motivo, y el hecho de no recibir la ayuda prometida de Francia, hizo que el ejército se disolviese en Civita Castellana, próxima a Roma, ante la amenaza de las tropas pontificias que salieron a su encuentro.

El Papa, con el fin de hacer recapacitar a los rebeldes, en una proclama lanzada el 9 de febrero les dio seguridades de piedad y perdón y la promesa de tomar medidas en favor de sus súbditos. Pero la respuesta de Bolonia fue reunir la Asamblea de las Provincias Unidas de Italia el 26 de febrero, confirmando su emancipación de los Estados Pontificios, instituyendo un gobierno y dándose un estatuto y un emblema.

A principios de marzo, las tropas austriacas, llamadas por el Papa, entraban en Ferrara, progresando hacia el interior de los estados de la Iglesia y

<sup>13</sup> Benevento remonta sus orígenes al año 1052, cuando Enrique III le reconoció el señorío de la ciudad a León IX. Y, desde 1077, pasó a formar parte del patrimonio de la Iglesia al extinguirse la dinastía longobarda. Pontecorvo era territorio pontificio desde 1463.

restableciendo la autoridad pontificia. El 26 de marzo ocupaban Bolonia y unos días después Rímini.

En Roma se reunieron los embajadores de las cinco grandes potencias europeas: Austria, Prusia, Rusia, Francia y un delegado de Inglaterra, que elaboraron un *memorandum*, el 21 de mayo, en el que sugerían al Papa reformas: modernización del sistema judicial y de la administración local y provincial, creación de Consejos provinciales, de un Consejo administrativo para el control de las finanzas, un Consejo de estado y una mayor participación de los laicos en el gobierno.

Gregorio XVI, en un *motu proprio* de 5 de julio, introdujo algunas pequeñas modificaciones que se revelaron insuficientes, por lo que al retirarse las tropas austriacas del territorio de la Iglesia hubo nuevas protestas y revueltas en las Legaciones a finales de 1831. Protestas que cobraron especial virulencia en Cesena y Forlì, el 20 y 21 de enero de 1832, por la intervención de las tropas pontificias, viéndose obligado el Papa a solicitar de nuevo la intervención militar de Austria. Pero en esta ocasión, Francia, para contrarrestar la hegemonía austriaca sobre la península italiana, envió barcos y tropas de desembarco a Ancona, ocupando la ciudad. A pesar de las protestas de Roma y de las presiones de otras potencias europeas, las tropas francesas no abandonaron la ciudad hasta que las tropas austriacas salieron de los Estados Pontificios en noviembre de 1838 <sup>14</sup>.

## LA REPÚBLICA ROMANA DE 1849

En junio de 1846, tras un breve cónclave, era elegido Papa el cardenal Giovanni Mastai Ferretti, obispo de Imola. Pío IX era un experto en administración pero ajeno a la política; era ante todo un pastor, hombre de sincero fervor y profundo espíritu de oración. Con su bondad natural conquistó fácilmente la simpatía universal. De tendencias moderadas, aunque muchos, apoyándose en las ideas que profesaban sus familiares, tomaron por simpatías hacia el liberalismo.

Cuando llegó al solio pontificio, dos eran los problemas mayores a los que había que hacer frente: una reforma administrativa, tras la larga paralización del pontificado de Gregorio XVI, y una clara opción política ante las aspiraciones de unidad, independencia y libertad difundidas en Italia.

<sup>14</sup> FRANCESCO BERTOLINI, *Historia de la Unidad Italiana*, vol. I, Barcelona: Salvat, 1904, 57-136, 141-186; PIETRO ORSI, *L'Italia moderna (1750-1923)*, Milano: Ulrico Hoepli, 1923, 93-105; ROGER AUBERT, «Comienzo del Resurgimiento en Italia», en *Manual de Historia de la Iglesia*, vol VII, Barcelona: Herder, 1978, 492-506; JEAN LEFLON, «Gregorio XVI y los Estados Pontificios», en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXIII, Valencia: EDICEP, 1975, 466-468.

Vincenzo Gioberti había conseguido un fuerte entusiasmo al conciliar los ideales nacionales con la religión tradicional. Según él, el Papa iba a conceder la libertad a su reino y sería reconocido como cabeza de la federación de los estados italianos. Ciertamente, Pío IX quería la felicidad y el bienestar de sus súbditos, y estaba dispuesto a realizar las reformas necesarias, pero ni tenía un plan definido ni estaba dispuesto a la laicización de la administración, ni tampoco estaba dispuesto a conceder una constitución que limitase su autoridad. Sí era partidario de disminuir el influjo austriaco en la península, pero mediante una liga económica y política, y no declarando la guerra a Austria.

Desde junio de 1846 hasta el 29 de abril de 1848 perduró el equívoco del Papa liberal, fruto de las circunstancias, de las maniobras de los liberales y de la incertidumbre de Pío IX que se había contagiado de la excitación nacional y que, sin darse cuenta, contribuía al equívoco con gestos poco claros que se prestaban a interpretaciones diversas:

- Amnistía para los presos políticos en julio de 1846, condicionada a la petición de perdón o a una confesión del error.
- La elección del cardenal Gizzi, con fama de liberal, aunque en realidad poco merecida, como Secretario de Estado.
- Concesión de una mayor libertad de prensa en marzo de 1847.
- Creación de un Consejo de Ministros y de la Guardia Cívica, que ponía en manos de los ciudadanos la tutela del orden público.
- Creación de un Consejo consultivo: una especie de Asamblea de diputados elegidos desde arriba.

Pero las dos medidas que acrecentaron sobremanera la idea del Papa liberal fueron la proclama del 10 de febrero de 1848, en la que terminaba con las palabras «Gran Dios, bendecid Italia», y que la opinión pública, descontextualizando la frase de su marco religioso, le atribuyó un significado político. Y la concesión de una Carta constitucional en el mes de marzo, al igual que hicieron la gran parte de los soberanos europeos como consecuencia del proceso revolucionario<sup>15</sup>.

Cuando el 23 de marzo Cerdeña declaró la guerra a Austria, aprovechando el levantamiento que tuvo lugar en Venecia y, especialmente, en la ciudad de Milán, donde llegaron a expulsar a las tropas austriacas del general Radetzky, el Papa se esforzó en unir a los diversos estados en una liga defensiva, y envió al ejército pontificio a defender la frontera, con orden de no rebasar la línea del Po. Pero la orden fue desobedecida por

<sup>15</sup> GIACOMO MARTINA, *La Iglesia de Lutero a nuestros días*, vol. III, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1974, 173-187; ROGER AUBERT, «Los primeros años del pontificado de Pío IX: del mito neogüelfo a la revolución romana», en HUBERT JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. VII, Barcelona: Herder, 1978, 626-640; JUAN MARÍA LABOA, *Historia de la Iglesia Católica*, vol. V, Madrid: BAC, 1999, 30-38.

el general Durando, que combatió al lado del ejército sardo contra los austriacos. La intención del Pontífice no era declarar la guerra. El colegio cardenalicio se opuso en una reunión que tuvo lugar el 17 de abril y, al día siguiente, una carta del nuncio en Viena, monseñor Viale Prelá, informaba de la corriente cismática que circulaba por Austria. Así pues, en una alocución pronunciada el 29 de abril, Pío IX manifestaba que no podía declarar la guerra a una nación católica y abrazar al mismo tiempo con amor a todos los pueblos<sup>16</sup>.

A partir de ese momento, todo el fervor popular hacia el Papa se transformó en odio hacia el presunto traidor, por todas partes se propagaron calumnias contra Pío IX y muchos empezaron a preguntarse si el papel de Cabeza visible de la Iglesia era compatible con la de Jefe de Estado. Para nada sirvió ya su intento de mediación entre Austria y Cerdeña, y la solicitud que hizo al emperador para que cediese la Lombardía. En Roma, la situación se escapó de las manos del Pontífice, los radicales se hicieron con el poder y la anarquía se hizo dueña de la ciudad. Sus ministros pretendieron reducir sus funciones a las de un soberano constitucional, que reina pero no gobierna, o en palabras de Mamiani, en un discurso pronunciado el 9 de junio de 1848, se buscaba relegarle a *la serena paz de los dogmas, desde la que reza, bendice y perdona*<sup>17</sup>.

Para salir de la situación, el Papa llamó al conde Pellegrino Rossi al gobierno para que restaurase el orden y la autoridad. Pero el 15 de noviembre, cuando iba a pronunciar su discurso programático, era asesinado en el palacio de la Cancillería. Al día siguiente, una multitud de radicales, agitados y movilizados por los círculos patrióticos, los mismos que organizaron el asesinato de Rossi, se manifestaron violentamente ante el palacio del Quirinal, exigiendo al Papa un gobierno a su medida y la entrada en guerra contra Austria. Pío IX, obligado por la fuerza de las circunstancias, accedió a sus exigencias y quedó prisionero en su palacio.

La noche del 24 de noviembre, ayudado por los embajadores de Baviera, España y Francia, el Papa conseguía huir camino de Gaeta, bien para evitar un derramamiento de sangre, bien para evitar con su presencia la aprobación de los actos del nuevo gobierno<sup>18</sup>.

Cuando el 9 de febrero de 1849 la Asamblea constituyente romana declaró la República y la caída del poder temporal del Pontífice, Pío IX solicitó

<sup>16</sup> GIORGIO CANDELORO, *Storia dell'Italia Moderna*, vol. III, Milano: Feltrinelli, 1995, 207-218; GIACOMO MARTINA, «Pío IX e l'indipendenza italiana nell'allocuzione del 29 aprile 1848», en *La Civiltà Cattolica*, vol. I, Anno 118 (1967), 23-39.

<sup>17</sup> GIACOMO MARTINA, *La Iglesia de Lutero a nuestros días*, vol. III, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1974, 183.

<sup>18</sup> J. M. GOÑI GALARRAGA, «La huida de Pío IX en los documentos diplomáticos españoles», en *Miscelánea José Zunzunegui*, vol. II, Vitoria: Editorial Eset (Seminario Diocesano), 1975.

la ayuda militar de Austria, Francia, España y Nápoles<sup>19</sup>. El 3 de julio las tropas francesas entraban en Roma, mientras las austriacas ocuparon las ciudades del norte. Restablecido el orden y expulsados los elementos más exaltados, el Papa regresaba a la capital el 12 de abril de 1850, arropado por las tropas francesas que permanecieron en los Estados Pontificios hasta 1867. En Roma el Pontífice fue recibido por el pueblo con respeto pero sin entusiasmo.

## FORMACIÓN DEL REINO DE ITALIA: ANEXIÓN DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS

La cuestión romana no era sólo una cuestión territorial y jurisdiccional, sino también un problema religioso. Para comprender mejor las decisiones de Pío IX no hay que perder de vista el enfrentamiento con el reino de Cerdeña como consecuencia de las Leyes Siccardi, cuyas primeras disposiciones fueron presentadas en la Cámara en febrero de 1850, sumándose posteriormente otras en 1855 y 1866. Esta legislación antirreligiosa supuso una pérdida del influjo y prestigio de la Iglesia, que llevó en un primer momento a romper las relaciones diplomáticas por la violación que suponían al Concordato de 1841 y, posteriormente, a la excomunión del rey y el Parlamento<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> VICENTE PUCHOL SANCHO, *La intervención militar española en la restauración de Pío IX (1848-50)*, Madrid: Universidad Pontificia Comillas, Facultad de Teología, Tesis doctoral, 2009.

<sup>20</sup> GUIDO ZAGHENI, *La Edad Contemporánea. Curso de historia de la Iglesia*, vol. IV, Madrid: San Pablo, 1998, 147-150.

El ministro Siccardi presentó en la Cámara, en el mes de febrero de 1850, tres leyes por las que suprimía el fuero y privilegios de los religiosos, el derecho de asilo en iglesias y conventos, las manos muertas, la adquisición de bienes estatales sin la aprobación del rey y la abolición de las penas de quienes no guardaban las festividades religiosas. Además, estas mismas leyes preveían la elaboración de un proyecto de ley que regulase el contrato matrimonial respecto a la ley civil, iniciando un proceso de secularización que concluyó en 1865 con la promulgación del código civil de Italia, por el que se establecía la obligatoriedad del matrimonio civil, privando de toda eficacia y efecto legal al matrimonio eclesiástico. Otras disposiciones posteriores fueron restringiendo la capacidad civil y política de los eclesiásticos, alejándolos de los cargos y oficios públicos.

En 1855, otra serie de leyes negaron el reconocimiento jurídico de las órdenes religiosas que no estuviesen dedicadas a la predicación, a la educación de los jóvenes o al cuidado de los enfermos. Además, disponían la incautación de todos sus bienes destinándolos a las necesidades del clero secular. La Santa Sede reaccionó excomulgando al rey y al Parlamento, lo que provocó una separación mayor entre católicos y liberales.

En 1852 tomaba la dirección del gobierno piemontés el conde Camilo Benso Cavour, cuya política se encaminó desde el primer momento a conseguir, en el interior, la recuperación económica y el rearme del ejército, mientras en el exterior buscó una alianza con Francia que le permitiese salir del aislamiento internacional y que le ayudase militarmente a expulsar a los austriacos.

La ocasión se la brindó la guerra de Crimea. A pesar de la oposición de la prensa, del parlamento y de miembros del gobierno, en enero de 1855 Cerdeña firmaba una alianza con Francia e Inglaterra por la que se comprometía a participar en la guerra contra Rusia aportando un contingente de 15.000 soldados. En el *Congreso de paz de París*, en febrero de 1856, por el que se ponía fin a la guerra, Cavour consiguió llamar la atención de las potencias europeas sobre la cuestión italiana, obteniendo una declaración de intenciones en las que se comprometían a solucionar el problema <sup>21</sup>.

En los *acuerdos secretos de Plombières* entre Francia y Cerdeña, en 1858, se estableció una alianza militar por la que Francia ayudaría a Cerdeña en el caso de que fuese atacada por los austriacos. Pero, además, de forma unilateral, pretendían reestructurar el mapa de Italia creando un reino fuerte en el norte de la península y otro en el centro, a costa de anexionarse los ducados de Parma, Módena y Toscana, así como la mayor parte del territorio pontificio, a excepción de Roma y los alrededores. Los reinos deberían quedar unidos en una confederación bajo la presidencia del Papa, en compensación por la pérdida de sus territorios. Francia, a cambio, recibiría Saboya y Niza, y el ejercicio de una influencia moral.

La publicación oficiosa del tratado produjo tensión y malestar en las cortes europeas. Inglaterra y Prusia propusieron solucionar la situación italiana mediante la celebración de un congreso, al que mostraron su acuerdo los dos países. Pero Austria se sintió ofendida y exigió al Piemonte que en el espacio de tres días, antes de iniciarse el congreso, debía desarmar su ejército. En la práctica equivalía a una declaración de guerra y, de hecho, el 29 de abril, se rompieron las hostilidades entre las dos naciones. La débil ofensiva emprendida por los austriacos permitió que Francia acudiese a tiempo en apoyo de Cerdeña. La victorias francesas fueron interpretadas por el resto de las potencias europeas como un renacer del espíritu napoleónico, por lo que Londres retiró su apoyo a Francia, Rusia amenazó a Francia con declararle la guerra si no firmaba la paz, y los estados alemanes y Prusia movilizaron sus tropas en el Rin solidarizándose con Austria. Napoleón III tuvo que ceder a las presiones y el 15 de julio se firmaron los preliminares de la *Paz de Villafranca*: Austria cedía la Lombardía a Francia

<sup>21</sup> ANTONIO EIRAS ROEL, «La Unificación Italiana y la Diplomacia Europea», en *Revista de Estudios Políticos*, nº 133, 1964, 136-141; FERNANDO JIMÉNEZ NÚÑEZ, *La España Isabelina frente a la unidad de Italia: 1859-1868*, Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, Tesis doctoral, 1983, 41-43.



*Expedición de Garibaldi y ocupación de las Marcas y Umbria por las tropas sardas*

y ésta la transfería a Cerdeña; los duques de Parma, Módena y Toscana serían restaurados; el Papa debía realizar reformas en sus estados y presidiría una confederación de la que formaría parte Venecia, que seguiría perteneciendo a Austria<sup>22</sup>.

A finales de 1859, cuando parecía inminente la celebración del congreso, salió un opúsculo escrito por Napoleón III, titulado *El Papa y el Congreso*, en el que invitaba al Pontífice a que se conformase con un pequeño territorio alrededor de Roma, renunciando al resto. Pero Pío IX lo descalificó como insigne monumento de hipocresía. En su opinión, no carente de razón, el movimiento unitario, una vez puesto en marcha, no se detendría a las puertas de Roma.

Mientras tanto, Cavour, para lograr su objetivo, consiguió organizar grandes movimientos populares en los Ducados y la Romagna en favor de la unión con el Piamonte. En marzo de 1860, en un plebiscito dudoso celebrado en los estados anexionados, se aprobó por mayoría su unión con Cerdeña. Francia lo consintió a cambio de recibir Saboya y Niza, tal y como había sido estipulado en los acuerdos de Plombières, mientras que el Papa respondió con la excomunión mayor contra los que habían participado en la empresa: autores, cómplices, inspiradores, colaboradores...<sup>23</sup>.

Tras las anexiones de estos territorios, en el mes de abril estalló una revolución en Palermo. Garibaldi acudió en el mes de mayo en su ayuda con la expedición de los mil y, tras conquistar Sicilia, pasó a la península ocupando Nápoles y amenazando con tomar Roma. Cavour instrumentalizó a Garibaldi y, mientras extraoficialmente le prestaba su apoyo, oficialmente no sólo lo negaba sino que hizo correr el rumor que la intención de éste era

<sup>22</sup> ANTONIO EIRAS ROEL, *op. cit.*, 141-144. FERNANDO JIMÉNEZ NÚÑEZ, *op. cit.*, 43-47.

<sup>23</sup> GIACOMO MARTINA, *La Iglesia de Lutero a nuestros días*, vol. III, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1974, 187-188; FERNANDO JIMÉNEZ NÚÑEZ, *op. cit.*, 47-48.

instaurar una república en el sur de Italia. En Europa produjo una gran consternación y Francia, que mantenía sus tropas en Roma, supuestamente para defender el poder temporal del papado, consintió que el ejército piemontés cruzase los Estados Pontificios para detenerle en su marcha hacia la capital<sup>24</sup>.

En su avance, el ejército de Cerdeña ocupó las Marcas y la Umbria, derrotando a las tropas pontificias en la batalla de Castelfidardo (cerca de Loreto), el 18 de septiembre de 1860<sup>25</sup>. Después, el 4 y 5 de noviembre, se organizaron unos plebiscitos en los que aprobaron su unión a Cerdeña<sup>26</sup>. Con esta ocupación, al Papa le quedaban tan sólo la capital y las regiones del Lazio y Marítima-Campagna<sup>27</sup>.

A principios de 1861, Cavour envió a Roma dos emisarios con la pretensión de que Pío IX renunciase al poder temporal a cambio de la promesa de conceder plena libertad a la Iglesia. Pero mientras hacía esta promesa aplicaba en los territorios anexionados la leyes antirreligiosas. El 17 de marzo de 1861 el Parlamento proclamaba el *Reino de Italia* y un mes más tarde declaró que Roma debía de ser la capital del nuevo reino. La suerte estaba echada.

Durante el verano de 1862, a pesar de la oposición y de las amenazas de Napoleón III y del reino de Italia, Garibaldi organizó una expedición para

<sup>24</sup> FRANCESCO BERTOLINI, *op. cit.*, 191-226.

<sup>25</sup> Tras la anexión de la Romagna el Papa estaba muy desengañado de la pasividad del gobierno francés, por ello quería sustituir las tropas francesas por regimientos propios que defendiesen su territorio. A pesar de la oposición de Antonelli, Pío IX nombró a monseñor De Mérode, antiguo oficial belga, ministro de los ejércitos en febrero de 1860. Éste, a su vez, nombró al general francés Lamorcière, hostil al régimen bonapartista, para organizar el nuevo ejército, consiguiendo dar una bofetada a Napoleón III por su actitud.

En ese momento, el ejército pontificio estaba formado por once batallones de 600 hombres, mal armados y peor equipados, sin apenas artillería, ni tren, ni ambulancias. Lamorcière decidió elevar rápidamente el contingente a 25.000 soldados, para lo cual hizo un llamamiento a los católicos de toda Europa. En cuestión de semanas consiguió 5.000 austriacos, entrenados, encuadrados y enviados secretamente por su gobierno; cerca de 4.000 suizos, 3.000 irlandeses y varios centenares de belgas y franceses. Pero su bravura y entusiasmo no pudieron superar la falta de homogeneidad y la todavía provisionalidad en la que se encontraban al enfrentarse con el ejército piemontés en Castelfidardo. Además, Lamorcière, influido por Antonelli, quien creía que aún podía contar con el apoyo del ejército francés, perdió tiempo y, en cuestión de días, el ejército sardo derrotó a las fuerzas pontificias que se encontraban dispersadas, especialmente en Castelfidardo (ROBERT AUBERT, *Pío IX y su época*, en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXIV, Valencia: EDICEP, 1974, 97-98).

<sup>26</sup> Los plebiscitos organizados en las Marcas y Umbria dieron 138.000 votos favorables a la unión, frente a 1.200 no, para las Marcas; mientras que, en Umbria, fueron 97.000 contra 300.

<sup>27</sup> FERNANDO JIMÉNEZ NÚÑEZ, *op. cit.*, 49-53; FRANCESCO BERTOLINI, *op. cit.*, 226-236.

conquistar la capital, al grito de *Roma o muerte*. A pesar del bloqueo naval italiano, Garibaldi consiguió burlar a la marina italiana con la ayuda de la flota británica y desembarcó en las proximidades de Aspromonte (Calabria). Pero el ejército italiano le salió al encuentro y derrotó a Garibaldi, que fue herido y hecho prisionero<sup>28</sup>.

Francia cobró confianza en el nuevo reino y para salir del atolladero en el que se encontraba, defendiendo el poder temporal del Papa para no perder el voto de los católicos y propiciando, al mismo tiempo, las aspiraciones de unidad italiana, firmó una *Convención* en el mes de septiembre de 1864, por la que Francia se comprometía a retirar sus tropas en el espacio de dos años y Víctor Manuel II debía de respetar el territorio del Papa. Contra esta convención, que suponía el riesgo potencial de perder Roma en manos de Víctor Manuel II, Pío IX condenó en el *Syllabus*, sin demasiado énfasis, a quienes quisieran acabar con el poder temporal del Papa<sup>29</sup>.

En el mes de diciembre de 1866 las últimas tropas francesas abandonaban el territorio de la Iglesia y, unos meses más tarde, en septiembre de 1867, Garibaldi invadía los Estados Pontificios con el apoyo de nuevo del gobierno italiano, venciendo al ejército pontificio en Monterotondo. Pero, a su vez, fue derrotado el 3 de noviembre por las tropas francesas y pontificias, en la batalla de Mentana. El gobierno francés, al no respetar los italianos la Convención de 1864, envió un nuevo contingente de tropas que desembarcó en Civitavecchia a finales de octubre y tomó parte en la batalla<sup>30</sup>.

Pero en julio de 1870, al estallar la guerra franco-prusiana, las tropas francesas tuvieron que abandonar de nuevo Roma. Cuando el 3 de septiembre llegó a Florencia la noticia de la derrota del ejército francés en la batalla de Sedán, el encarcelamiento de Napoleón III y la declaración de la República francesa, Víctor Manuel II tomó la decisión de ocupar Roma. El 10 de septiembre el ejército italiano cruzaba la frontera en dos columnas, el 12 ocupaban Viterbo, Civitavecchia y Civita Castellana, el 17 llegaban a las puertas de Roma y el día 20 conquistaban la ciudad, entrando por porta Pia tras vencer una defensa simbólica del ejército pontificio. El 2 de octubre se organizó un plebiscito en el que 40.785 votos aprobaron su anexión al reino de Italia, mientras 46 votos dijeron no<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> FRANCESCO BERTOLINI, *op. cit.*, 271-281.

<sup>29</sup> En concreto, el n.º 76 del *Syllabus* condenaba a quienes manifestasen que: «La derogación de la soberanía temporal de que goza la Santa Sede Apostólica contribuiría de modo extraordinario a la libertad y prosperidad de la Iglesia».

<sup>30</sup> PEDRO LETURIA, *Del Patrimonio de San Pedro al Tratado de Letrán*, Madrid: Razón y Fe, 1929, 174-175. FRANCESCO BERTOLINI, *op. cit.*, 337-345.

<sup>31</sup> RAFFAELE CADORNA, *La Presa di Roma*, Roma: Tempo; ROBERT AUBERT, *La cuestión romana*, en HUBERT JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. VII, Barcelona: Herder, 894-915.

El reino de Italia, para disipar la impresión de haber arrebatado al Papa sus posesiones y de impedirle el ejercicio de su libertad espiritual, aprobó en el mes de mayo de 1871 las *Leyes de Garantías*, por las que de forma unilateral, concedía al Pontífice, al que consideraba implícitamente como súbdito italiano, honores de soberano, el derecho de representación activa y pasiva, una dotación anual y el usufructo, que no la propiedad, de los palacios Vaticano, Laterano y de Castelgandolfo<sup>32</sup>. Pío IX reaccionó declarando nula la ley y rechazando la pensión que se le ofrecía, considerándose prisionero en el Vaticano. Entre los católicos se desencadenó una mayor adhesión al Santo Padre que se tradujo en un aumento considerable del óbolo de San Pedro, y en el ámbito no católico creció la estima por el Papa que pasaba a ser una víctima. Como decisión más efectiva, Pío IX imponía a los católicos italianos el *non expedit*<sup>33</sup>, por el que les prohibía ser electores y elegibles en política<sup>34</sup>.

## PACTOS DE LETRÁN: ESTADO DE LA CIUDAD DEL VATICANO

Los sucesores de Pío IX mantuvieron, en líneas generales, su protesta contra la usurpación de los Estados Pontificios. Como símbolo expresivo, el día de su elección impartían la bendición *urbi et orbi* desde el interior de la basílica y no desde la logia central de la plaza de San Pedro.

*León XIII (1878-1903)*<sup>35</sup> no se alejó en sus primeros años de la línea de Pío IX. Además de ser el primero que impartió la bendición *urbi et orbi* des-

<sup>32</sup> La Ley de Garantías se revelaba insuficiente al ser una disposición unilateral del gobierno italiano, por lo que en cualquier momento o circunstancia, podía anularse o modificarse su vigencia. Además, no reconocía a la otra parte, la Santa Sede, como un igual, y al Santo Padre lo consideraba un súbdito. Durante la I Guerra Mundial fue cuando de forma especial se puso de manifiesto estas insuficiencias y falta de garantías, provocando múltiples debates. Las cuestiones más polémicas fueron la falta de seguridad de los embajadores ante la Santa Sede cuyas naciones eran enemigas de Italia, y el hecho de que el reino de Italia no pudiese garantizarles la libertad de comunicaciones.

<sup>33</sup> *Non expedit*: no es conveniente. Esta disposición se dio en varias ocasiones. Tras la pérdida de Roma, con motivo de las elecciones políticas, la Sagrada Penitenciaría daba esta respuesta el 5 de diciembre de 1870. La razón la fundamentaba en que la participación de los católicos en política suponía un reconocimiento del reino de Italia.

<sup>34</sup> RAFAEL MARÍA SANZ DE DIEGO, «El Vaticano cumplió 70 años», en *XX Siglos* (1999/2), 92.

<sup>35</sup> JUAN MARÍA LABOA, *Historia de la Iglesia Católica*, vol. V, BAC, Madrid, 1999, 342-351, 363-370; AUGUSTO JOSÉ SCHMIDLIN, «Postura intransigente con Italia», en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXV (1), Valencia: EDICEP, 1985, 161-189.

de el interior de la basílica, en su encíclica programática *Inscrutabili Dei*, en abril de 1878, no aceptó la pérdida del poder temporal. En cualquier caso, la guerra fría existente entre el gobierno italiano y la Santa Sede no allanaba el camino para la búsqueda de un entendimiento. El clima de tensión y los enfrentamientos eran continuos al inicio del pontificado: alteración del orden, confiscación de bienes de la Iglesia, secularización del matrimonio, insultos al Papa, manifestaciones contra la Iglesia, oposición al nombramiento de obispos, expulsión de frailes, impedimento de la enseñanza religiosa... El intento de agresión al cadáver de Pío IX cuando era trasladado en procesión de la basílica de S. Pedro a la de S. Lorenzo fuori le mura, el 13 de julio de 1881, fue uno de los momentos más delicados. El ambiente se encontraba tan exacerbado que León XIII le pidió al emperador Francisco José ser acogido en asilo en Trento o Salzburgo.

En la encíclica *Inmortale Dei*, en noviembre de 1885, invitaba a la participación activa en la sociedad a los católicos, pero, al mismo tiempo, mantenía implícitamente el *non expedit* para los italianos diciendo que *en algunas partes, por causas muy graves y muy justas* no era conveniente intervenir en el gobierno del Estado ni ocupar puestos políticos.

En cambio, en una alocución consistorial, en el mes de mayo de 1887, llegó a proponer una conciliación con tal de que se asegurase al Papa plena libertad. En un intento de acercamiento, el abad de Montecassino, Tosti, inició conversaciones con el primer ministro Crispi sobre el jubileo que debía celebrarse en S. Pedro con la participación del rey. Pero un desliz de Tosti al publicar un folleto a espaldas del Pontífice, en el que hablaba de la conciliación sin concesiones políticas, provocó tal oposición que el Papa tuvo que destituirle. La reacción hostil del gobierno italiano no se hizo esperar.

La derrota de los católicos en las elecciones para el consejo municipal de Roma, en julio de 1888, provocaron nuevas manifestaciones antipapales promovidas por los políticos italianos. El fanatismo existente hizo que se erigiese una estatua a Giordano Bruno en 1889<sup>36</sup>.

Ante la amenaza fundada de amotinamientos armados, el Papa llegó a solicitar de nuevo asilo a Austria y protección para huir. Petición que León XIII volvió a reiterar en 1889, si bien, en este caso, a Madrid y París.

En 1891 y 1895 los ánimos volvieron a encrespase con nuevos incidentes, en los que corrió el rumor de la posible expulsión del Papa, por lo que León XIII volvió a solicitar, una vez más, que Austria lo acogiese.

No obstante esta situación, en el seno de la Iglesia empezaron a surgir voces autorizadas en favor de la reconciliación ante la imposibilidad de la recuperación territorial, como la del ex-jesuita Curci, el obispo de Cremona

<sup>36</sup> Los masones y anticlericales convirtieron la estatua de Giordano Bruno, levantada en la plaza bastardilla, en símbolo del pensamiento moderno y emblema de oposición a la Iglesia, organizando peregrinaciones y manifestaciones en la plaza.

(1899) o el obispo de Piacenza. Pero en la encíclica *Graves de communi*, enero de 1901, el Papa dispuso que la Democracia Cristiana, promovida por el P. Murri, se mantuviera en el campo social estricto, sin actividad política, manteniendo el *non expedit*.

El pontificado de Pío X (1903-1914)<sup>37</sup> supuso un tímido intento de salir de la situación. Surgen síntomas de aproximación entre el Vaticano y el Quirinal: la bandera tricolor de los Saboya se ve ondear por los peregrinos en el recinto vaticano, el Pontífice recibe a políticos italianos, las autoridades eclesiásticas comenzaron a aparecer en actos públicos junto a las autoridades civiles y miembros del gobierno aprovechaban muchas ocasiones para doblar la rodilla ante el Papa. Pero incidentes callejeros tampoco faltaban: en las calles los sacerdotes eran insultados, los barrios bajos se movilizaban en peregrinación a la estatua de Giordano Bruno, se inventaban escándalos y las logias instigaban las hordas contra las casas religiosas.

Si en el documento *Fin dalla nostra prima enciclica* (1903) el Pontífice mantenía el *non expedit*, en su encíclica *Il fermo proposito*, junio de 1905, lo intentó superar. La encíclica iba dirigida a los obispos italianos. En ella daba normas para reorganizar la Acción Católica y regular la intervención política de los católicos en las elecciones administrativas, que eran a su vez un paso hacia las generales.

En el trasfondo de la encíclica latían dos hechos relevantes: la disolución de la Obra de los Congresos, en julio de 1904, y las elecciones políticas de noviembre del mismo año, en la que el Papa consiente, contra los intransigentes que aferrándose al *non expedit* condenaban toda participación o colaboración política, que candidatos católicos se presenten a las elecciones. La decisión tuvo resultados inmediatos, puesto que la no participación de los católicos en política había dejado el campo libre a las ideologías más liberales y de izquierda que propugnaban medidas anticlericales.

El primer ministro Giolitti, para eliminar los tumultos populares que el socialismo provocaba y sostener el progreso cívico, buscó el apoyo político de los católicos. Esta colaboración permitió que en las elecciones de 1909 saliesen elegidos candidatos moderados que se comprometiesen a respetar ciertos principios de libertad religiosa, además de otros 24 candidatos católicos.

Esta alianza alcanzó un resultado espectacular en las elecciones de 1913, cuando se estableció el Pacto Gentiloni, presidente de la Unión Electoral Católica, con la aprobación del secretario de Estado. La táctica era simple: presentar candidatos católicos donde hubiese mayoría suficiente y, donde no la hubiese, apoyar a los candidatos liberales que aceptasen las condiciones del pacto: defensa de la enseñanza libre y confesional, oposición al divorcio, oposición a las propuestas de ley contra las congregaciones

<sup>37</sup> JOSÉ MARÍA JAVIERRE, *Italia*, en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXV (2), Valencia: EDICEP, 1991, 175-219; J. M. LABOA, *op. cit.*, 404-406.

religiosas, reformas de la tributación con fines sociales, presencia de Italia en el exterior y paridad de las organizaciones económico sociales dirigidas por los católicos.

El resultado fue asombroso, de 508 diputados, 228 salieron elegidos de estos pactos.

*Benedicto XV (1914-22)*<sup>38</sup> fue el primero en poner las bases para solucionar el problema. En su primera encíclica ya planteó el tema de la soberanía pontificia como la necesidad del Papa de ser libre y no como una cuestión territorial. Permitió a los católicos italianos intervenir en política suprimiendo la prohibición existente y alentó al sacerdote Sturzo a fundar el Partido Popolare Italiano, que tuvo un gran éxito en las elecciones de 1919. Además, otros dos hechos vinieron a contribuir a romper las barreras existentes: la participación de los católicos italianos en la guerra, fieles a su patria, y la autorización dada por el Pontífice para que los Jefes de Estado que fuesen a Roma pudiesen visitar al mismo tiempo al rey y al Papa<sup>39</sup>.

En junio de 1919 se establecieron conversaciones entre la Santa Sede y el Primer ministro italiano, Orlando, en las que se acordaron la creación de un Estado Vaticano, pero la caída de Orlando impidió que el proyecto se hiciera realidad<sup>40</sup>.

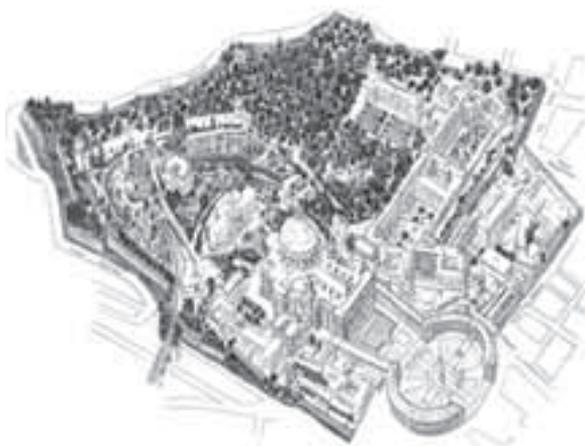
*Pío XI (1922-39)*<sup>41</sup> dio el paso decisivo. Desde el primer momento de su pontificado mostró su intención al impartir la bendición *urbi et orbi* desde la logia central de la plaza de San Pedro. Y en su encíclica programática *Ubi arcano*, en diciembre de 1922, expresaba el deseo de llegar a un acuerdo

<sup>38</sup> JUAN EDUARDO SCHENK, «El problema de los embajadores», en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXVI (1), Valencia: EDICEP, 1979, 141-150; *Un anteproyecto de los pactos lateranenses*, 204-214; J. M. LABOA, *op. cit.*, 423-424.

<sup>39</sup> El *non expedit* quedó suprimido el 12 de noviembre de 1919, poco antes de las elecciones. En noviembre de 1918, D. Luigi Sturzo, obtuvo el permiso del cardenal Gasparri para fundar un partido político, y el 18 de enero de 1919 fue hecho público el manifiesto del Partido Popolare Italiano. El partido creció rápidamente, viéndose favorecido por la adhesión de moderados y demócratas cristianos.

<sup>40</sup> Las conversaciones tuvieron lugar en París, durante la celebración de la Conferencia de Paz, a propuesta de Orlando, a través de monseñor Kelly, obispo de Oklahoma. Por la Santa Sede participó monseñor Cerretti, secretario de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, quien se desplazó expresamente a la capital del Sena, enviado por el cardenal Gasparri, con la aprobación del Papa. Las bases previas establecían la creación de un Estado Vaticano, cuyo territorio, que debía definirse en las negociaciones posteriores, debía comprender los barrios que rodeaban el Vaticano, quedando más o menos limitado por el puente de Sant'Angelo, incluido el castillo, y el Tiber, con una salida al mar y la garantía de la Sociedad de Naciones. La idea era que fuese lo suficientemente amplio para comprender todas las legaciones y colegios pontificios.

<sup>41</sup> GEORGES JARLOT, S.J., «Los acuerdos de Letrán», en FLICHE y MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXVI (2), Valencia: EDICEP, 1980, 145-175; KONRAD REPGEN, «Los acuerdos de Letrán de 1929», en HUBERT JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. IX, Barcelona: Herder, 1984, 93-103. J. M. LABOA, *op. cit.*, 425-431.



*Estado de la Ciudad del Vaticano.*

desde bases distintas de la Ley de Garantías. Al mismo tiempo, en el seno de la Iglesia voces autorizadas en ese sentido iban creciendo, entre las que destacaba el cardenal jesuita Francisco Ehrle.

En 1926 el Papa autorizó al cardenal secretario de Estado Gasparri a iniciar conversaciones con el reino de Italia. Para mantener la discreción fueron elegidas personas secundarias.

Por parte de la Santa Sede intervino en las negociaciones el abogado Francesco Pacelli (hermano mayor del futuro Papa Pío XII), mientras que por Italia fue escogido Domenico Barone, quien falleció unas semanas antes de la firma de los pactos y fue sustituido por el propio Mussolini. Las negociaciones fueron largas y difíciles, llegando a interrumpirse en dos ocasiones y con la amenaza de fracasar en varias ocasiones más. Se sucedieron nueve esquemas que respondían básicamente a tres postulados de la Santa Sede: constitución de un estado de la Iglesia, indemnización económica y concordato. El 11 de febrero de 1929 se firmaban los Pactos de Letrán que eran tres pactos o acuerdos diferentes en base a los tres postulados mencionados:

- *Tratado:* Mussolini se mostró contrario a la creación de un estado en miniatura, pero acabó accediendo después de que la Santa Sede lo redujese a la mínima extensión territorial. El tratado consta de 27 artículos y 4 anexos. En él se establece la creación del Estado de la Ciudad del Vaticano, con una extensión de 44 hectáreas, más los edificios que gozan de extraterritorialidad, y con todos los atributos propios de una soberanía: bandera, banca, moneda, policía, organización judicial, comunicaciones, derecho de legación activa y pasiva...
- *Concordato:* Además de las cuestiones semejantes a los firmados con otras naciones, recogía algunos aspectos exclusivos de Italia: salvaguardar el carácter sacro de Roma, cesión a la Santa Sede de los santuarios de Padua, Loreto y Asís, y el reconocimiento de personalidad jurídica a las casas generalicias de las órdenes religiosas ubicadas en Italia.

- *Convenio económico*: el Papa solicitó 2.000 millones de liras, la mitad, según sus cálculos, del importe que el gobierno italiano había ofrecido en la Ley de Garantías. Al final quedó establecido en 750 millones de liras al contado y 1.000 millones en títulos del estado.

## CONCLUSIONES

A la cuestión romana era necesario darle una solución urgente. Duraba demasiado tiempo y lo único que se había logrado era dividir a los italianos, consumir muchas energías y originar no pocos contratiempos.

Los Papas y la Iglesia en general creían que no era posible ejercer el pontificado en todo el orbe católico sin gozar de la independencia política que les daba el poder temporal. La experiencia de Pío VII, sometido a presiones psicológicas y físicas en Fontainebleu hasta que Napoleón consiguió arrancarle la firma del Concordato de 1813, era una prueba evidente. Idea ésta que era compartida también por los grandes estadistas del diecinueve, como el mismo Napoleón Bonaparte, su sobrino Napoleón III o el canciller alemán, von Bismark.

Pero, al mismo tiempo, no era factible pensar en la restitución de los territorios pontificios anexionados por Italia, ni que el Papa trasladase su sede fuera de Roma como había ocurrido en Avignon. Así pues, la solución más viable pasaba por la creación de un Estado reducido a la mínima expresión territorial. Voces contrarias no faltaron, acusando a la Santa Sede de acercarse a un régimen en clara oposición al cristianismo, como era el fascismo, y de la doble instrumentalización que se conseguía con los Pactos: la Iglesia por servirse del fascismo para rebautizar Italia y el fascismo por servirse de la Iglesia para consolidar su prestigio en el interior y en el exterior. Pero los acuerdos alcanzados en los Pactos de Letrán supusieron una ganancia en autoridad moral e independencia política para el libre ejercicio de la actividad pastoral.